

R. CANSINOS-ASSENS

EL MOVIMIENTO

::: V. P. :::
::: V. P. :::

(NOVELA)



Mucho se ha escrito e investigado en los últimos años sobre la vanguardia española e hispanoamericana, y en ese contexto Rafael Cansinos Assens, poco a poco, va emergiendo con papel protagonista en la historiografía del período y con la solidez de lo que cae por su propio peso y no puede ser de otra manera. Si bien fueron sus contemporáneos los que se ocuparon de minimizar y ocultar su labor como animador de las vanguardias literarias, luego Cansinos instigó activamente ese apartamiento con el cultivo de su propio olvido y de su fracaso, del que hacía gala y que calificó de «divino», y con su completa incapacidad y falta de interés para la autopromoción. Hoy, el irónico padre del Ultraísmo, reaparece como figura imprescindible para entender la transición del modernismo a la vanguardia, y «El movimiento V. P.» como ya intuía Juan Manuel Bonet en el prólogo que realizó a la obra en 1978, empieza a considerarse como el primer ejemplo nítido de novela de vanguardia del siglo XX español. Paradójicamente la crítica, que no da valor al efímero Ultraísmo, sí ha rescatado esta novela que nos narra la delirante historia del Ultra y lo hace, además, desde ese género tan difícil que es el humorismo, y apoyándose, para mayor pirueta, en hechos y personajes reales: por sus páginas en clave encontramos al Poeta de los Mil Años (Cansinos), al Poeta Bendito y Maldito (Eliodoro Puche) y su inseparable compañero el Poeta Bohemio y Burgués (Prieto y Romero), apariciones espectaculares de Renato (Huidobro) o de Sofinka Modernuska (Sonia Delaunay), la exaltación del dinámico e intersticial Poeta Más Joven (Guillermo de Torre), el Poeta del Sur (Isaac del Vando Villar), los jóvenes poetas viejos (Ramón y sus pombianos), Senectus Modernissimus (Valle Inclán), y un largo etcétera de todos los giraron, por un motivo u otro, entorno al Ultra, conformando uno de

los textos más singulares y cautivadores de nuestras vanguardias, y ello pese a haber sido escrito por alguien que ya por aquel entonces descreía de todo aquello.

LA EPIFANÍA DEL :: ARTE NUEVO::

I

EL Poeta de los Mil Años estaba sentado, como siempre, entre sus viejos papeles y sus libros viejos, sentado como un muerto sentado ante la vida. Tenía los codos apoyados en la mesa, como clavados en ella, pues sus cóndilos aguzados por la costumbre se habían vuelto semejantes a garfios. El tiempo se había hecho enormemente denso a su alrededor, y todo cuanto le rodeaba se había hecho ya tan antiguo como su sombra. Pero de pronto un pensamiento nuevo e ignorado pasó por su frente marcando una hora nueva en aquel amarillo horario. Una inquietud extraña, más poderosa que el frío habitual de la madrugada, sacudió su cuerpo. Y el poeta, mesándose las sierpes de sus cabellos erizados, dijo:

—Poseo ya Mil Años en el tesoro del tiempo. Soy viejo, y cada hora puede hacerme suyo definitivamente; las horas que antes, fueron para mí alegres concubinas, aspiran ya a poseerme como esposas. Desfallezco en un museo de bellas senectudes. Me siento sobre un montón de libros marcados con mi nombre en cada página. He cantado la belleza de todas las momias. Las viejas cortesanas y las vírgenes viejas me deben madrigales. El día y la noche llevan en sus bolsos mis himnos. He cantado todo lo que fue bello en otro tiempo. Y he formado una legión de dis-

cíbulos que repiten mis palabras y multiplican cada uno de mis gestos. Mi poesía es como un Islam lleno de perfumes antiguos, de concubinas pesadas y de braseros de perfumes. Pero ahora yo quiero salir de ese Islam, que en otro tiempo era un desierto y ahora se ha poblado de discípulos. Ahora yo quiero cantar cosas completamente nuevas. Yo quiero vivir en una hora futura y en un país de Occidente. Renunciaré en adelante a esa hora atrasada del cuadrante oriental y a esa noche precoz para coger como una uva madura esa hora extraordinaria que hace más largos nuestros crepúsculos. Quiero repudiar todas estas vejeces para desposarme con esa hora futura. Ahora quiero cantar la tremenda belleza de los tiempos nuevos. Quiero cantar las cabelleras cercenadas de las mujeres, la resurrección de sus piernas, los pájaros nuevos que han nacido en nidos cerebrales, la abolición del antiguo cardias, causa de nuestros males; el invento de ese reloj vertiginoso marca Browning por que se rigen en Nueva York, el piojo luminoso de las trincheras y, ¡sobre todo!, el tremendo placer de envejecer bajo el vuelo de los aeroplanos. ¡Desde hoy repudio mi arte antiguo y proclamo una era nueva en mi lírica!

Y el Poeta de los Mil Años se levantó, con un gesto resuelto, sobre sus rimeros de papeles viejos y de libros viejos. Y al punto el tiempo que se había hecho denso como la pez a su alrededor, estremecióse y se hizo fluido nuevamente, salpicando bautismal el rostro del poeta. Y su sombra, que estaba echada a sus pies como el más pesado de sus despojos, sacudióse y volvió a ser el más ligero, infinitamente más que la lágrima antigua que había en sus lagrimales. Y todo en torno al poeta se erizó de interrogaciones, como lo que empieza a ser. El poeta sonrió satisfecho, como si acabase de dejar el sarcófago. Y transponiendo la mampara de la noche, caminando por su ciudad conocida, fue en busca de sus discípulos, de los viejos poetas jóvenes, perennemente sentados en aquellos diva-

nes deslucidos, sobre los cuales ya había dejado de crecer la yerba hacía mucho tiempo.

Al atravesar la ciudad para llegar hasta ellos, el Poeta de los Mil Años volvió a encontrar las mismas cosas nocturnas de siempre. Las meretrices sostenían los muros que se tambaleaban. Los policías se apoyaban románticamente en esos bastidores frágiles. El gran reloj central seguía marcando una hora antigua, redonda y dorada. La hora Browning aun no regía en su ciudad. Y seducido por aquellas vejeces que tiraban de él en las esquinas, el poeta estuvo a punto de glosarse una vez más a sí mismo, como un discípulo. Pero supo resistir al hechizo.

—No —se dijo—. No todo está lo mismo que antes. Los poetas de Europa han combatido en las trincheras. Yo he hecho una huelga y he quemado en la calle el periódico anodino. Un aeroplano aletea en esta sombra antigua. Mis ojos brillan más que los globos rojos de las farmacias. Y en el mundo hay una cosa nueva: —Mis Mil Años.

Y sin vacilación alguna dirigióse al diván de los viejos poetas jóvenes para anunciarles la nueva Epifanía.

: LA RESURRECCIÓN : SOBRE EL VIADUCTO

II

LOS viejos poetas jóvenes seguían sentados en el diván donde el Poeta de los Mil Años los dejara hacía ya mucho tiempo, cuarenta años lo menos, pues en ese lapso sus cuarenta años habían madurado completos. Seguían allí según él los dejara, cuando proclamó su huelga artística y se retiró a la soledad de su desierto, a la soledad donde había de oír la voz de su edad nueva. Ellos seguían allí sentados en sus divanes desteñidos, cantando sus almitas, sus almitas delicadas y pueriles y sus novias muertas y la Noche, y mirándose en aquellos espejos donde nunca se multiplicaba su imagen. Cuando el Poeta de los Mil Años llegó, rejuvenecido por la conciencia súbita de su edad, ellos se incorporaron para saludarle, y al escuchar sus voces líricas, él creyó haber penetrado en la selva de los ecos y las sombras. Porque aquellos viejos poetas jóvenes eran sus sombras y sus ecos antiguos. Ellos le invitaron a sentarse en sus divanes y le mostraron los rollos de versos que habían compuesto en su ausencia y empezaron a leérselos con entonaciones lentas y musicales. Hablaban en ellos de sus almitas, de sus jóvenes almitas viejas y pueriles, del dolor de la amada muerta y de la Noche infinita en que desfallecían, ungidos ya por todos los bálsamos de las momias y de aquellos espejos que no les devolvían su

imagen duplicada, más esquivos que los ojos de las mujeres. Pero el Poeta de los Mil Años, al escucharlos, sonrió de piedad y de indignación, por el arte tan perfecto y podrido ya de madurez con que pulsaban sus salterios, por la destreza musical que ya habían adquirido sus manos y por aquel tono de plañideras con que cantaban en sus versos el dolor del poeta y la amargura del poeta, considerándose todavía malditos como en el tiempo antiguo y mostrando sus úlceras como estrellas. Y el Poeta de los Mil Años estremeciéndose, impaciente, y les dijo, ávido por revelarles la maravilla de sus Mil Años pueriles:

—¡Oh, jóvenes poetas viejos! No hiráis más mis oídos con esas armonías antiguas. Cantáis tan bien que me llenáis de empacho. Sois como mis voces antiguas, que resucitan; como mi tiempo antiguo, al que no querría ver más. Verdaderamente enviáis hasta mi olfato un tufo a resinas sepulcrales: sois como los despojos de una era anterior, como los restos de una orgía. ¿Por ventura vuestra sombra no os advierte de que el tiempo ha cambiado? ¿No veis el abismo que la trinchera ha cavado entre el ayer y el mañana? Las mujeres han cercenado sus cabellos, que eran el ayer, y han acortado la longitud de sus vestiduras para mostrar descubiertas sus piernas, instrumentos de la velocidad. Los hombres han inventado relojes rapidísimos que alteran la medida del tiempo; el automóvil, el aeroplano y el revólver que cantan la hora más vertiginosa. Y aun el índice mismo del hombre es ya un cañón de revólver, un minuterero de ese nuevo horario. ¡Todo ha cambiado a vuestro alrededor; y vosotros seguís ahí todavía apegados a esos divanes untados de pez, como sombras antiguas adheridas a un muro, cantando en un salterio antiguo los pesares de vuestra almita triste! Mas yo os digo que todo eso es ya enormemente antiguo, tan antiguo que pertenece a otra era y no puede conmovér a hombres que ya tienen alas; porque los hombres que han volado nos han dotado de alas a todos nosotros; yo os digo que todo eso es

monstruosamente viejo, pero de una vejez opaca y borrosa. Porque la vejez es lo más dinámico y lo más patético: y vosotros sois unos viejos jóvenes. Pero yo os invito a sentir el sobresalto maravilloso de vuestra vejez; yo os invito a mirar la longitud pavorosa de vuestra sombra y a convertirla en un ala. Poetas: mientras vosotros dormíais en vuestros divanes, muchas maravillas se han cumplido; las amadas muertas se corrompieron para siempre, los espejos se deshilaron y un rumor de alas nuevas sonó sobre la ciudad antigua. Yo os invito a cantar toda esta pavorosa alegría.

Así habló el poeta. Y los poetas le miraron asombrados.

—¿Un nuevo arte, pues? ¿Ahora que ya habíamos aprendido tan bien el antiguo? —dijeron—. ¿Cuándo te cansarás de hostigarnos? ¿Por ventura no somos los más modernos?

Y uno dijo:

—Yo quiero ser fiel a mi almita antigua. Yo no puedo expresar sino mis sentimientos. Desde ahora renuncio a seguirte.

Y el Poeta Rural dijo:

—Con primoroso cuidado corté, en la ribera nativa, siete cañas tiernas para formar mi caramillo, el pánico instrumento con que canto la belleza de los campos en flor, el oro de las siegas, la tenue sombra de los álamos y la esquiva gracia de Galatea, que eternamente huye a esconderse entre los sauces. Con mis cantos melodiosos consigo detener el curso de los ríos congelados en esos espejos y los que bañan los oídos, rosados como conchas, de las zagalas púdicas. Los orfeones locales repiten mis canciones. Soy el poeta del terruño y las Diputaciones locales publican ediciones de mis obras que enriquecen las bibliotecas de la región. Soy el poeta del terruño y no puedo cantar sino las bellezas de los campos nativos que hace que no veo tanto tiempo.

Y el Poeta de la Ciudad Antigua suspiró también:

–Yo soy el cantor de las esquinas de la ciudad, que sostienen las rameras, como esos ángeles custodios que sustentan torres con sus costados. Desde que vine de la aldea, expreso en mis rimas el deslumbramiento primero con que cegó mis ojos la ciudad. Canto la belleza de la ciudad que contemplo en los espejos de los cafés, la velocidad vertiginosa de estas imperiales rojas de ómnibus en que estamos sentados y el amor de esas mujeres que no me miran. Canto la tristeza del poeta perdido en la ciudad, la inmensa amargura del poeta hundido en los divanes de los cafés urbanos. Y no podría cantar otra cosa. 12

Y entonces habló también el Poeta Maldito:

–Yo soy el Poeta Maldito, hijo, sin duda, de un incesto, fruto de la unión de una ramera con un monje precito. Fíjate bien, ¡oh, poeta! El perfil de mi rostro es semejante al de un bandolero, ¿no tengo cara de criminal? Sí; yo soy el fruto maldito de un incesto, fecundado por las furias. Cuando yo nací, en una hora furtiva, lloró mi madre lágrimas de sangre y me maldijo por haberme introducido clandestinamente en su vientre. Desde niño mostré las protervas inclinaciones de un hijo del pecado. Todas las malas pasiones, desde la voracidad a la lascivia, se manifestaron en mi infancia. Con mis dientecillos incipientes mordía los pezones de mi madre, arrancándoles una leche mezclada con sangre, semejante a los sorbetes de fresa. En la cuna hice ya el primer verso, presagiando todos los horrores que habían de devastar mi casa. Mi padre abandonó a mi madre por haber dado a luz un monstruo. Ella misma murió, prematuramente, del pesar de haberme engendrado y del horror de verme crecer. Antes de morir me maldijo; así que soy el verdadero Poeta Maldito y ningún otro podría disputarme este nombre. Estoy maldito, soy una presa de las furias, y, seguramente, moriré ahorcado de un pino. Por eso, desde ahora, no quiero cantar sino la magnífica fatalidad de mi suicidio...

Luego el Poeta Bohemio y Romántico exaltó los consabidos temas. «La copa de champán, la baraja francesa, las medias de seda de las *cocottes*, la falda recosida de las amadas pobres, los piojos de las casas de dormir y la emoción incomparable de un día de ayuno».

Todos iban ponderando así su arte, *su arte*, como si ellos lo hubiesen descubierto, y todos reivindicaban su originalidad absoluta, negándose a variar de tema, como si ya la vida hubiese cristalizado para siempre en sus versos. Ellos eran los poetas jóvenes, porque una vez lo habían sido; y no advertían que su juventud era un desván lleno de telarañas. Pero el Poeta de los Mil Años, compadecido de su melancolía y de su desgracia, compadecido de su vieja juventud, apuntándoles con el revólver de su dedo índice, les dijo:

—¡Oh mis viejos poetas jóvenes! ¡Salid de esas covachas donde envejecéis en un tiempo medido por los relojes más lentos! ¡Salid al tiempo nuevo, al tiempo que miden relojes de una velocidad que nunca sospechasteis! Salid de vuestra noche eterna, en la que nunca ha amanecido y del paisaje eterno en que hace tanto tiempo os inmovilizáis. Ni la ciudad ni el campo son ya como los cantáis vosotros. Galatea no es ya la moza de cántaro que sonrió a Teócrito, sino la cowgirl del Far-West, que practica todos los deportes, viste falda pantalón y maneja, como un falo portátil, desplazable y certero, el revólver norteamericano, esa múltiple maravilla: reloj, linterna, dínamo, que petrifica a los hombres y detiene a los trenes y deshíela a los ríos, y es más eficaz en una mano resuelta que la antigua testa de la Medusa. Todo, todo ha cambiado a vuestro alrededor. La Gran Vía, como una Osa Mayor, ha arrollado el corazón nocturno de la ciudad y el Metropolitano es como un cementerio de muertos que resucitan. La misma noche ha sido ya anulada por luces que no se cansan nunca de asaetear su negrura. Venid conmigo, ¡oh poetas jóvenes!, y os convenceréis de vuestra vejez.

Y el Poeta de los Mil Años abandonó el café seguido de su cortejo de poetas malditos. Y por en medio de la noche antigua los condujo al viaducto que cruzaba uno de los costados de la ciudad, y desde allí como desde un Tíbidabo les mostró los nuevos panoramas que no conocían. Desde aquel viaducto veían los poetas jóvenes un cielo nocturno vivísimo como un mediodía. Estrellas heliográficas se transmitían mensajes, temblando sin cesar de la emoción de sus confidencias. Trenes ligeros no retenidos por ninguna nostalgia alejábanse en la sombra, sin volver la cabeza como mujeres bellas y soberbias. Las constelaciones, libres de su antigua inmovilidad, ordenábanse a su antojo y evolucionaban, siguiendo un ritmo misterioso y nuevo. Y un rumor de aeroplanos atronaba el silencio, sustituyendo a los antiguos maitines. Y de pronto la noche antigua se suicidó arrojándose por el alto viaducto, y un día nuevo amaneció apuntando con su revólver a los jóvenes poetas viejos. Y los jóvenes poetas viejos, que desde tiempo inmemorial no salían de sus viejos cafés, conocieron de pronto la verdad de la nueva era que les había anunciado el Poeta de los Mil Años. Y estaban ante la nueva vida atónitos, como hombres resucitados. Y como por primera vez sentían la inquietud pavorosa y festiva de vivir. Y dijeron al Poeta de los Mil Años:

—Tenías razón, éramos viejos y no lo sabíamos. Pero desde ahora queremos vivir en la nueva era. Buscaremos el canto que corresponda a este nuevo ritmo sin ritmo del tiempo. Desde hoy no seremos ya poetas malditos. Nuestras Némesis nos perdonan y nos sentimos dotados de poderes maravillosos. Queremos desentrañar el mensaje de esas estrellas heliográficas que acaban de extinguirse y ordenar los asteriscos del capítulo del paisaje inédito. Desde ahora renunciamos a nuestros caramillos y nuestros salterios. Cantaremos como tú esta alegría pavorosa que en la mañana nueva sobrecoge nuestros corazones mortales.

Y los jóvenes poetas viejos temblaban del júbilo pavoroso de su resurrección.

EL MANIFIESTO V. P.

III

DESDE entonces el diván de los jóvenes poetas viejos se convirtió en un terrible laboratorio de arte nuevo, en un formidable taller de rimas explosivas. El Poeta de los Mil Años los veía trabajar sin descanso, llenos de afán por encontrar en la combinación de las palabras la fórmula detonante que correspondiese a la magnificencia de los obuses estelares que vieron reventar sobre el viaducto. En la inseguridad del hallazgo empezaban por destruir lo antiguo. Y el poeta admiraba una vez más la tremenda versatilidad de sus hermanos. He aquí que hasta entonces habían sido terriblemente viejos, y ahora ponían todo su empeño en apresurar la hora futura. Y el Poeta de los Mil Años contemplaba, alborozado, aquel cambio inverosímil. Lo importante era que se redimiesen, al fin, de su fatalidad, que dejaran de ser poetas malditos. Con misterioso júbilo asistía a sus manipulaciones verbales y examinaba los frutos peligrosos de su actividad osada. Ellos le consultaban perplejos, buscando en su asombro el contraste de su modernidad. Pero el Poeta de los Mil Años no se asombraba de nada. Todo le parecía bien, con tal que fuese nuevo.

—Lo importante —les decía— es que os olvidéis de la lógica y de la simetría. Toda poesía verdadera fue siempre absurda y escandalizó a los profanos. La poesía que no es absurda es simplemente oratoria. Habéis de volver a los antiguos raptos de las sibilas. El estado de poesía es un

estado de locura. En cuanto a la simetría, expresa sólo la condición impuesta a la procreación; el hombre y la mujer constituyen el primer par de columnas simétricas que imitan luego todos los demás. Pero la vida, ya lo habéis visto, es asimétrica y arbitraria sobre los viaductos.

Y los poetas, escuchándole, se entregaban ardorosos a la tarea de destruir. Destruían el ritmo y la lógica, decapitaban, descuartizaban sus rimas antiguas y sus inspiraciones de otro tiempo. El objeto especial de su saña era el soneto; lo prescribían en absoluto o lo profanaban con encono sacrílego, dando el nombre de soneto a combinaciones enteramente caprichosas. El poeta veía cómo bajo sus manos cuajaban las rimas en rocas extrañas de pétalos impares y rotos. Los viejos poetas jóvenes cantaban ahora temas totalmente nuevos. Ensalzaban la belleza de una musa nueva, engendrada por la mecánica, cuyos ojos eran faros voltaicos, los brazos calentadores eléctricos y los senos bombas explosivas. Deformaban las cosas para verlas de un modo enteramente nuevo, o, más bien, las veían así ya, porque el deslumbramiento de su resurrección había desorbitado sus ojos. Estaban, sobre todo, llenos de una gran audacia. Jugaban con las estrellas, las cazaban como moscas y las soltaban en sus rimas como cohetes. La luna no era ya la diosa triste, inspiradora de sus melancolías, sino un tímpano olvidado por los vendedores de refrescos. Otras veces, las estrellas eran aeroplanos que evolucionaban sobre la ciudad. Todas las cosas antes inertes, inmovilizadas por una tradición o un mito, habíanse puesto ahora a danzar, a lanzar guiños y gritos, haciendo extrañamente dinámica la hora, como ese cielo inquieto y ardiente que habían visto sobre la noche del viaducto. Ya no había nada vedado para los poetas. Nada excepto los temas patrióticos y locales. Todo lo demás les era perfectamente ilícito. Y no cohibidos por ninguna traba, los poetas ahora laboraban alegres.

Y el Poeta Rural cantaba: